

Claves para rescatar a *El Dorador*, una crónica perdida de José Martí

Keys to recue *El Dorador*, a lost chronicle of José Martí

Chaves para recuperar *El Dorador* [o Dourador], uma crônica perdida de José Martí

David Leyva-González

Filólogo y ensayista

Centro de Estudios Martianos

Cuba

Recibido: 4/8/2018

Aceptado: 10/11/2018

DOI: <https://doi.org/10.15359/tdna.35-65.8>

Resumen

“El Dorador” es el título de una crónica perdida de José Martí. El poeta cubano, antes de marchar a la guerra, le pide a su secretario y amigo Gonzalo de Quesada que rescatara este texto de su abundante papelería. Sin embargo, ni Quesada ni los múltiples editores que ha tenido Martí por más de un siglo han podido complacer este pedido. El presente estudio muestra algunas pistas que nos

acercan más a esta misteriosa crónica. Cada vez estamos más cerca de complacer el deseo martiano antes de morir en los campos de Cuba.

Palabras clave: José Martí, pensamiento latinoamericano, crítica de arte

Abstract

El Dorador is the title of a lost chronicle of José Martí. The Cuban poet, before going to war, asks his secretary and friend Gonzalo de Quesada to rescue this text from his abundant stationery. However, neither Quesada nor the multiple editors Martí has had for more than a century have been able to fulfill this request. The present study offers some clues that bring us closer to this mysterious chronicle. Progressively, we are closer in pleasing the Martian desire before his passing in the fields of Cuba.



Keywords: José Martí, Latin American Thought, Arts Critique

Como fiel escritor de la modernidad, José Martí fue un seguidor del modelo de Charles Baudelaire, en el cual un poeta, con su sensibilidad y cultura, puede escribir del tema que le plazca y establecer, a la hora de crear, todas las correspondencias posibles sin exclusión de artes o ciencias. Se trata de artistas totales que en su amplio abanico creativo dedicaron tiempo y espacio para escribir sobre pintores y obras de arte.

En el caso de Martí es curioso ver cómo en víspera de marchar a la guerra, en su legendaria carta-testamento a Gonzalo de Quesada, recuerda salvar en libro, tres de sus más famosas críticas de arte (la del pintor ruso Vereschagin, la del húngaro Muckacsy, y la de los impresionistas franceses); menciona, además, un texto titulado *El Dorador* que continúa siendo un misterio en su obra, pues ni el propio Quesada ni los editores posteriores a él han podido encontrar esta crónica que Martí quiso dejar para la posteridad¹.

1 "Andará V. [Ud.] apurado para no hacer más que un volumen del material del 6to. *El Dorador* pudiera ser uno de sus artículos, y otro *Vereshagin* y una reseña de los pintores *Impresionistas*, y el *Cristo de Munkacsy*" (Montecristi, 1 de abril de 1895. José Martí. *Obras Completas*. Editorial Ciencias Sociales, 1975, t. 1, p. 26)

Sobre este texto extraviado existe un esbozo de teoría realizado por Fina García Marruz, quien asocia a *El Dorador* con la vida de Miguel de Cervantes y Saavedra. El escritor cubano, como indica un artículo suyo sobre Enrique José Varona, de 1888, leyó las vicisitudes de Cervantes en Argel, que fueron estudiadas por Don Nicolás Díaz de Benjumea en su libro *La Verdad sobre el Quijote*,² y en la edición anotada del propio Benjumea de *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de 1880. Por tanto, Martí, no sólo recibe el modelo literario de la gran novela española, sino que aprende igualmente de un Cervantes heroico descrito por Benjumea que hizo tres intentos de escape en sus años de cautivo, todos ellos frustrados por la traición. La primera vez a causa de un guía moro que lo abandona luego de la primera jornada de camino, y en las veces restantes, traicionado por dos de sus propios compatriotas, uno de ellos llamado *El Dorador*. Por ello

2 «Y Cervantes... ¡Ah! Cervantes no es como aquel Lope de Vega prodigioso y vil de las cartas inverecundas al de Sessa, ni vocero de glorias de su rey Felipe, que no fue cual lo forjan Núñez de Arce y Moüy, sino como Gachard y Motley y nuestro Güell lo pintan: Cervantes es el que *La Verdad sobre el Quijote* de Benjumea dice, y en el Alonso de Quijano mismo, con bondad de santo que tenía a Panza por cilicio, se demuestra: Cervantes es, en el estudio intachable del escritor de Cuba, aquel temprano amigo del hombre que vivió en tiempos aciagos para la libertad y el decoro, y con la dulce tristeza del genio prefirió la vida entre los humildes al adelanto cortesano, y es a la vez deleite de las letras y uno de los caracteres más bellos de la historia.» (José Martí. *Obras Completas...*, t. 5, p. 120)



Fina García Marruz expone:

El dato (referido al intento de fuga de Argel) aparece también contado en el prólogo de una nueva edición española de las obras de Cervantes, que Martí tuvo ocasión de leer, donde se consignaba el nombre del espía que delató a los cautivos, llamado “El Dorador”, a quien dedicaría una crónica a la que dio alguna importancia, pues en las instrucciones que daría a su futuro editor y amigo, Gonzalo de Quesada, le dice que no dejara de recogerla, cuando no menciona otras importantes tuyas, y ni siquiera nombra su novela (2005: p.84).

Sin embargo, la mención de *El Dorador* en la carta-testamento se hace en un contexto de crítica de arte, por lo que no es conveniente pensar que este texto extraviado esté dedicado a este siniestro personaje vinculado a los infortunios de Cervantes. El propio Martí nos da luz al respecto al escribir al inicio de una crónica del mes de febrero de 1887:

Señor Director de *La Nación*:

Todo ha sido debates, diferencias y cóleras en este mes de enero. Acaso los únicos sucesos amables fueron la sesión pública de la excelente escuela de indios de Carlyle, en que se están fundiendo

las dos civilizaciones con cierto color poémico, y la exhibición de *El Dorador* de Rembrandt, un burgués de verdad majestuoso (OC, t. 11, p.153)

Ya sabiendo entonces que la crónica se basa en una obra de Rembrandt y que se escribió a inicios de 1887, sorprende que al revisar el listado en castellano de los cuadros del pintor holandés no existe ninguno bajo el título *El Dorador*. Solo aparece una obra llamada *El hombre con yelmo dorado* (figura 1). Y aquí podríamos otra vez pensar en la teoría de Fina García Marruz, pues se trata del retrato de un impresionante soldado con indumentaria del siglo XVI y XVII, época en que también fue soldado Miguel de Cervantes, mas nuevamente surge la incongruencia, pues se considera que este extraordinario retrato no fue realizado por Rembrandt sino por uno de sus tres discípulos que lo ayudaban en su taller en Ámsterdam. La obra nunca fue exhibida en Nueva York, pasó de Holanda a Londres, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial fue muy admirada por Adolf Hitler, por lo que hoy se muestra en un museo de Berlín.



Figura 1. Hombre con yelmo dorado



Gemäldegalerie, Berlín. Alemania.

Reacomodé entonces la búsqueda del cuadro y en vez de colocar la palabra “Dorador” utilicé sus equivalentes en francés e inglés, los idiomas más conocidos por Martí además del español. Así aparecieron resultados más concretos y confiables. Por ejemplo, En un artículo de *New York Times* del 19 de febrero de 1885 titulado “Rembrandt’s Gilder” (Dorador en inglés) se da la noticia de la venta a un misterioso “Banquero Americano” de un famoso cuadro de Rembrandt llamado “Le Doreur” que pertenecía al Duque de Morny en París. Fue para ese año la obra mejor pagada en los Estados Unidos, y se trataba del primer gran cuadro de Rembrandt que llegaba a

Nueva York. Existían anteriormente los Rembrandts del duque de Westminster, ninguno comparable a este retrato.

Inmediatamente después de su arribo *El Dorador* fue a manos de William Schaus, el más importante marchante de arte neoyorquino en época de Martí quien sin apuro alguno dejó correr el estado de opinión y no organizó la exhibición de la obra hasta el 28 de diciembre de 1886, según lo reflejan las noticias del *New York Times* “Holiday Arts Show”, que anuncia la exposición del famoso Rembrandt el 17 de diciembre de 1886, y “A painted masterpiece” que reseña el día inaugural de la muestra del cuadro, el propio 28 de diciembre de aquel año. Martí observa la obra en el mes de enero y su impresión es tal que le prepara una crónica en estos meses iniciales de 1887.

Al revisar entonces los catálogos del Museo Metropolitano de Nueva York se descubre que la obra de Rembrandt más conocida en el XIX como *Le Doreur* es el *Retrato de Herman Doomer* (1595-1650), título con que se conoce en la actualidad (figura 2). Fue realizada a inicios de 1640 en óleo sobre madera, con dimensiones de 75.20 por 55.20. El marchante Schaus la vendió posteriormente al millonario H.O. Havemeyer y a la muerte de este pasó a la colección del Museo Metropolitano donde se exhibe en la Galería 618.



Figura 2. Retrato de Herman Doomer



Rembrandt, Museo Metropolitano, Nueva York
https://en.wikipedia.org/wiki/Herman_Doomer

Doomer era el más reconocido inventor de marcos, dorador, y tallista de ébano de la época de Rembrandt. Entre ellos existió una relación de amistad y trabajo. Tanto Herman Doomer como sus hijos varones laboraban no sólo en la ejecución de marcos sino en la realización de armarios y gabinetes de mesa de ébano que todavía se cotizan y subastan. No es de dudar que muchas de las obras de la etapa creativa más importante del famoso pintor fuesen enmarcadas en este taller familiar. Según la Enciclopedia Universal Ilustrada

Esposa-Calpe tomo XVIII segunda parte 1995, uno de los hijos de Herman, Lamberto Doomer abandonó el obrador paterno para dedicarse al arte, fue acogido como discípulo de Rembrandt y alcanzó mérito y prestigio bajo la égida del maestro.

Existen tres teorías de por qué llamaban *El Dorador* a esta obra en el siglo XIX. Una es que en París el apellido Doomer fue corrompido a Doreur y las otras, más creíbles, son que el título viene del propio oficio de dorador que Doomer dominaba a la perfección o de la hermosa luz dorada que presenta este retrato que sin ser intensa o tenue atrapa la atención del espectador.

De todo esto pudo haber hablado Martí en su crónica, aunque los articulistas del *New York Times* de aquellos años mostraron poco conocimiento histórico del retratado y centraron su interés en el acabado formal de la obra y los detalles del mercado del arte que hicieron que arribara este óleo a Nueva York. Cuando Martí rememora este texto en 1895 lo recuerda en compañía de sus escritos más acabados sobre arte para *La Nación* de Buenos Aires, entre los años 1886 y 1889, por lo que no es de dudar que esta crónica fuese enviada a Argentina para su difusión, pero igual que ocurre con su texto sobre la inauguración del puente de Brooklyn de 1883, por razones desconocidas, no fue aprobada su publicación.



CC BY NC ND
 Licencia Creative Commons
 Atribución-No-Comercial
 SinDerivadas 3.0 Costa Rica

En el caso del puente de Brooklyn Martí opta entonces por divulgar su legendario texto en *La América* de Nueva York, pero para 1887 el *magazine* semejante a *La América* y en el cual Martí tiene voz y voto para difundir lo que quisiese es *El Economista Americano*.

En el Anuario número 2 del Centro de Estudios Martianos de 1979 se demuestra que uno de los pocos números encontrados de *El Economista Americano* en la Biblioteca Nacional de Cuba, específicamente de octubre de 1888, presentaba una correlación temática con cuatro textos conocidos de *La Nación* por lo que creo fervientemente que si algún día aparecen los números de febrero, marzo o abril de 1887 aparecerá, a su vez, en algunas de sus páginas, la crónica perdida de José Martí.

Según el investigador James F. Shearer en su trabajo "Periódicos españoles en los Estados Unidos" (*Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, no. 1-2, enero-abril de 1954) *El Economista Americano* es una de las publicaciones extinguidas de las bibliotecas de Estados Unidos por ello, y como recomienda el investigador Enrique López Mesa, es mejor centrar su búsqueda en los países de habla hispana de América a los cuales se enviaban los números de la revista realizados desde Nueva York por Martí. Sin embargo, ya más recientemente, y gracias al favor del minucioso investigador Ricardo Luis Hernández Otero se

conoce con exactitud que la escurridiza crónica fue publicada en marzo de 1887 en *La América* de Nueva York, número que lamentablemente no ha sido encontrado —hasta ahora— en bibliotecas cubanas. El dato lo descubrió Hernández Otero en el periódico cubano *El País* y nótese el calificativo que se utiliza para destacar la calidad de la revista y, en específico, la crítica de arte de Martí por sobre los demás textos del índice:

La América. Revista mensual de industria, comercio e intereses generales hispano-americanos.— *La América Publishing Co.*, N. York, 16, Beaver St.— Suscripción anual, \$3.

En verdad nos llama la atención que no sea más popular entre nosotros esta hermosa revista, que puede reputarse como la más barata de su especie al mismo tiempo que la más bella bajo el punto de vista material. Es un cuaderno con lujosa cubierta, de 54 páginas, mayores que las de *La Ilustración Española*, de papel satinado, y abundantes grabados, generalmente muy buenos. Su propósito principal es fomentar el comercio entre los países de la América del Norte y del Sur, dando a conocer por medio de la pluma y del buril a la prodigiosa industria de los Estados Unidos.



Tiene esta Revista también una parte literaria de mucha importancia que está bajo la dirección de nuestro siempre querido amigo Diego V. Tejera, y para que se juzgue la diligencia e idoneidad con que la desempeña, damos a continuación el sumario del último número, de Marzo, que es así: “Sobre la intervención en la política de los empleados públicos.—Mormonismo.—Protección a los niños.— Henry W. Beecher. —La fuente del Mississippi.— Las últimas elecciones alemanas.— El Dorador de Rembrandt (bello artículo de José Martí).—Los inmortales de Francia.— Una página de Historia Fiscal.—El pueblo natal. —El verdadero carácter de Emerson.— La Hectara. —Industria azucarera. — Notas científicas e industriales.—De todo un poco.— El Genio y el Cálculo, novelita por D. V. T.—La musa inmortal, poesía de G. Zéndegui.”

Evidentes ventajas, pues, ofrece esta publicación a los suscritores, sin contar con que a cada número acompañan planillas de una buena novela; la que se reparte actualmente es la titulada *Días oscuros*, de Hugh Conway, el autor de *Misterio...*, para la cual regalará la empresa una pasta de lujo cuando se termine.

Recomendamos con gusto esta revista y quisiéramos que circulase tanto en este país, como en los de Sudamérica, Méjico y la América Central. Es digna de ello. (*El País*, abril 28, 1887, columna 5)

Pero como inicié hablando de la sensibilidad poética y de los comentarios de Fina García Marruz sobre *El Dorador*, quisiera terminar de igual forma. Rembrandt pintó magistralmente a su amigo dorador Herman Doomer en los años 40 del siglo XVII, y el rostro que refleja Doomer es sin dudas de amistad y alegría. Sin embargo *El Dorador* no era una obra aislada sino que era parte de un dístico de iguales dimensiones en el cual se mostraba a la esposa y compañera de este personaje llamada Baertjen Martens.

Al morir *El Dorador* su esposa y viuda le pidió a su hijo, Lambertó Doomer, por su conocimiento del estilo de Rembrandt, que hiciera una copia de los retratos para sus propios hermanos, los cuales se conservan hoy en museos de Alemania y Holanda. Pero, lamentablemente, los originales se separaron abruptamente con el paso de los años, *El Dorador* fue a dar a Nueva York donde fue admirado por Martí y quien le dedica el comentado escrito de 1887, mientras la esposa terminó en el museo Hermitage de San Petersburgo.



CC BY NC ND
Licencia Creative Commons
Atribución-No-Comercial
SinDerivadas 3.0 Costa Rica

